

Y era á saber que amaba á Risler mayor. Jamás se había atrevido á decirlo por el mismo pudor; pero á Guillermo había amado siempre y no á Franz.

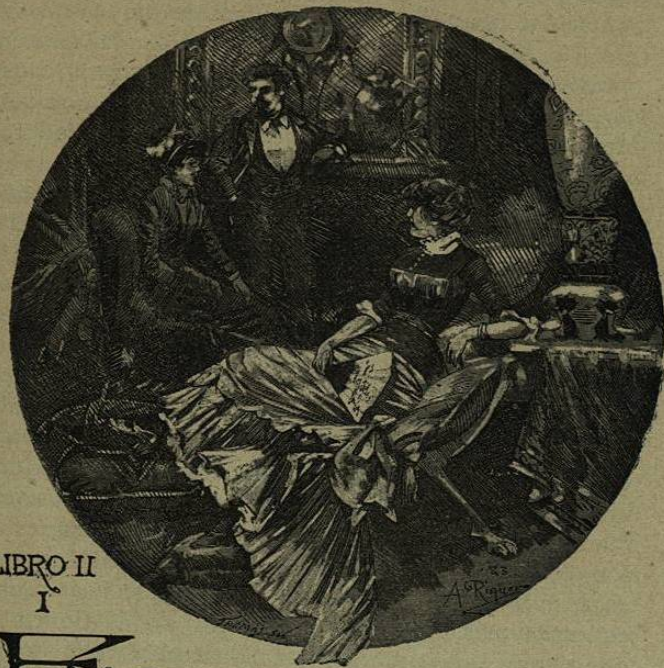
La noticia de esta inverosímil revelación hubo de sorprender á todo el mundo, y á Risler más que á nadie; pero la muchacha era tan linda, lo miraba con ojos tan dulces, tan claros y serenos, que el bueno del solterón se enamoró en el mismo punto como un asno. Acaso también, sin que él lo supiera á ciencia cierta, estaba este amor en lo hondo de su pecho de mucho tiempo atrás.....

Y he aquí cómo se explica que la noche de su boda la joven madama Risler, blanca toda en su traje nupcial, mirara con sonrisa de triunfo la ventana del rellano, donde diez años de su vida estaban como encuadrados. Aquella orgullosa sonrisa en que también se revelaban la compasión y el desprecio que tienen siempre las recién enriquecidas para la humildad ó medianía de sus principios, se dirigía con toda evidencia á la pobre y doliente niña que creía ver allá arriba, enfrente de sí misma, en la profundidad de lo pasado y de las sombras, y parecía decirle mostrándole la fábrica:

—¿Qué dices tú de esto, chicuela? Ya lo estás viendo: estoy en ella ahora.



LIBRO SEGUNDO



LIBRO II
I

EL DÍA DE MI ESPOSA

Son las doce del día.

La gente del *Marais* está almorzando.

Las pesadas vibraciones que anuncian la oración en San Pablo, en San Gervasio y en el Sacramento, se mezclan con los más ligeros tañidos de las campanas de fábrica. Cada uno de estos toques tiene su expresión distinta: los hay tristes y alegres, despiertos y dormidos. Hay campanas ricas, dichosas, que suenan para centenares de operarios; hay campanas pobres,

tímidas, que al parecer se ocultan detrás de las otras, haciéndose pequeñitas, como si temieran que las oyerá la quiebra. Hay luego las embusteras, las desvergonzadas, las que suenan para afuera, para la calle, para hacer creer que una casa cualquiera es una casa importante, puesto que llama tanta gente á sus talleres al gárrulo són de tanto bronce.

Á Dios gracias, la campana de la fábrica Fromont no se parece á ninguna de estas: aunque vieja y cascada, es una buena campana, conocida en el *Marais* desde cuarenta años há y sin haber holgado mas que los domingos y los días de tumulto.

Á su voz, todo un pueblo de obreros desfila por debajo de la portada del antiguo palacio y se desliza en los figones inmediatos. Los aprendices se sientan al borde de las aceras con los peones de albañil: para reservarse media hora de juego, almuerzan en cinco minutos con todo lo que rueda en París para los ambulantes y los pobres: castañas, nueces, manzanas; y al lado de ellos, los albañiles rompen grandes molletes de blanquísimo pan, de harina y yeso. Las mujeres tienen prisa y se van corriendo: todas tienen en casa ó en el asilo un hijo ó un padre que cuidar, sobre los demás cuidados domésticos. Sofocadas por el aire de los talleres, con los parpados hinchados, y todo el polvillo del papel aterciopelado en los cabellos, polvillo que les hace toser constantemente, aprietan el paso al través de la calle atestada de gente y ómnibus, que van y vienen en confusión espantosa.

Cerca de la puerta, sentado en un pedrusco, especie de guardacantón, que servía en otro tiempo de montadero á los jinetes, está mirando Risler con benevola sonrisa la salida de los operarios. Para él es siempre una dicha la estimación de aquellos honrados hijos del trabajo, á quienes conoció allí cuando era pobre y humilde como ellos. Aquel «buenos días, se-

ñor Risler» dicho por tantas voces diferentes y todas afectuosas, le llega á lo hondo del corazón. Los niños se le acercan sin temor: los dibujantes con sus luegas barbas, medio artistas, medio operarios, le dan de paso un apretón de manos y lo tutean. Acaso haya en todo esto demasiada familiaridad, porque el honrado Risler no ha comprendido aún el prestigio y la autoridad de su nueva posición, y yo conozco á alguien que da por humillante este trato de á la buena de Dios. Pero este alguien no puede verlo en este momento y el patrono se aprovecha de él para dar una amistosa pescozada al antiguo tenedor de libros, Sigismundo Planus, que sale el último de todos, tieso, encendido, descubierto siempre por temor á las apoplegias.

Risler y Sigismundo son compatriotas y se tienen mutuamente estimación profunda, que data de sus comienzos en la fábrica, del tiempo ya lejano en que almorzaban juntos en la lechería de la esquina, á la cual va solo ahora Sigismundo.

Pero ¡cuidado! aquí viene el carruaje de Fromont menor. Desde por la mañana está en movimiento, y los dos consocios departen amistosamente sobre sus negocios, dirigiéndose á la alegre casa que habitan en el fondo del jardín.

—He estado en casa de los Prochasson—dice Fromont—y me han enseñado nuevos modelos, muy bellos por cierto. Hemos de estar sobre aviso, pues tenemos allí serios concurrentes.

Risler no se inquietaba por tan poco, sintiéndose fuerte con su talento y experiencia. Luego... pero esto bajo reserva... va á la pista de un maravilloso invento, una estampadora perfeccionada, cualquier cosa... en fin, ya veremos lo que sale. Hablando así, entran en el jardín, tan bien cuidado como un *square*, con acacias tan antiguas como el palacio y yedras que cubren las altas y negras paredes.

Al lado de Fromont menor, Risler mayor parece un dependiente que da cuenta á su principal: á cada paso se detiene para hablar, porque su acción es pesada, lentas sus ideas, y su palabra difícil... ¡Oh! Si él pudiera ver la carita de rosa que observa todo esto atentamente desde los vidrios del segundo piso...

Madama Risler, ó sea Sidonia, espera á su marido para almorzar, y se impacienta con su pesadez de bonachón. Con la mano le hace una seña «¡Vamos pues!» Pero Risler no la ve: está muy entretenido con la pequeñuela de Jorge y de Clara, que toma el sol entre sus encajes en brazos de su nodriza.

—¡Qué linda es! Es el retrato de usted, madama Georges.

—¿Así lo cree usted, buen Risler? Pues todos dicen que se parece á su padre.

—Sí, algo se parece... pero no obstante...

Y todos, el padre, la madre, Risler, la nodriza, se dan á buscar una semejanza en aquel bosquejo de ser, que los mira con sus vagos ojos, deslumbrados por el sol.

Sidonia se inclina sobre su ventana entreabierta para ver lo que hacen y por qué no sube su marido.

En este momento Risler toma en brazos á la niña, todo aquel manojito de azucenas, y se empeña en hacerle reír y gorjear con caricias y mimos de abuelo. En efecto ¡qué aire de viejo tiene el pobre hombre! Su corpachón, que reduce ante la niña, su recia voz que quiere suavizar y la ensordece, son otras tantas ridiculeces.

Allá arriba patea su mujer y dice entre dientes:

—¡Qué imbécil!

Finalmente, cansada de esperar, envía á avisar á su esposo que el almuerzo está servido. Pero la partida está tan empeñada, que el bueno de Risler no sabe cómo interrumpir aquella explosión de alegría y de

gorjeos. Por fin, devuelve la niña al ama y se dirige á la escalera riendo de muy buena gana.

Todavía ríe al entrar en el comedor; pero una mirada de su mujer le hace callar de súbito.

Sidonia está sentada á la mesa delante del escalfador cargado. Vese en su postura de víctima la resolución hecha de estar de mal humor.

—¿Le parece á usted esto regular?

Risler se sienta un tanto avergonzado.

—¿Qué quieres? Esa niña es tan...

—Le he rogado á usted mil veces que me haga el favor de no tutearme.

—Pero cuando estamos solos...

—Nunca sabrá usted hacerse á nuestra nueva posición. Y así es que nadie nos respeta. El tío Aquiles apenas me saluda, cuando paso por su casilla. Verdad es que no soy de la familia de Fromont ni tengo carruaje ni...

—Bien sabes... digo... bien sabe usted que puede servirse del cupé de madama Georges, que lo tiene siempre á nuestra disposición.

—¿Cuántas veces he de decirle que no quiero deber ningún favor á esa mujer?

—¡Por Dios! Sidonia...

—Sí, ya lo sabemos. Madama Fromont es un ídolo, á quien está prohibido tocar, y yo debo resignarme á no ser nada en la casa, á que nos humillen y pisoteen.

—Vamos, vamos, Sidonia.

El pobre Risler procura interponerse, decir algo en favor de su querida madama Fromont; pero es poco hábil, que es la peor de las conciliaciones, y entonces estalla Sidonia.

—Yo digo que, con su aspecto tranquilo, esa mujer es orgullosa y mala. Desde luego me detesta, lo sé. Mientras era yo la pobre Sidonia á quien se daban las joyas rotas y los vestidos viejos, todo iba bien; pero

ahora que soy ama yo también, ahora esto la deprime y humilla. Madama Fromont me da consejos sin descender de su altura, critica todas mis acciones, he hecho mal en tomar una doncella. Naturalmente ¿no estoy acostumbrada á servirme á mí misma? Va buscando todas las ocasiones de ofenderme. Cuando voy á su casa los miércoles, hay que oír el tono con que delante de todos me pide noticias de la buena madama Chebe. Pues bien, si soy una Chebe, ella es una Fromont y vayan lo uno por lo otro. Mi abuelo era boticario, y el suyo ¿qué es? Un patán enriquecido por la usura. ¡Oh! Yo se lo diré algún día, si vuelve á humillarme con su entono, como también que su hija le parece á su abuelo Gardinois, que no es muy hermoso, que digamos.

—¡Oh!—exclama Risler sin encontrar una palabra qué decir.

—Puede usted admirar á esa muñeca. Siempre está enferma, y así es que pasa la noche en peso maullando como un gato, sin dejarme dormir. Y luégo de día me quiebra la cabeza su madre con su piano y sus gorgoritos. ¡Mal haya su música y su!...

Risler toma el mejor partido, que es callar. Después, cuando conoce que empieza á calmarse, acaba de serenarla con lisonjeras palabras.

—¡Qué hermosa está hoy!... ¿No se hacen visitas?

Para evitar la dificultad del tratamiento, se sirve el pobre hombre del vago impersonal, que no es *tú*, pero tampoco *usted*.

—No, no hago visitas—contestó Sidonia con cierta altivez—al contrario, las recibo... es mi día.

Y en vista del aire de sorpresa y confusión de su marido, añade:

—Sí, es mi día. Á dicha ¿no tiene también el suyo madama Fromont? Pues bien, creo que me será lícito á mí tenerlo igualmente.

—Sin duda... sin duda—murmura el bueno de Risler, mirando con cierta inquietud en torno de sí.—Por eso he visto tantas flores por todas partes, en los descansos, en el recibidor...

—Sí, esta mañana envié á la doncella á cogerlas del jardín. ¿He hecho mal?... ¡Oh! No lo dice usted, pero estoy cierta de que no he hecho bien. Yo creía que las flores del jardín eran nuestras como de ellos.

—Sí, por cierto... sin embargo, tú... usted... acaso hubiera sido mejor...

—¿Pedirlas?

—Eso es.

—¡Qué disparate! ¡Humillarme todavía más! Y por un miserable ramo de flores!... Después de todo, yo no me he ocultado para enviar á la doncella, ni la doncella para cogerlas. Y ahora, cuando venga Clara...

—¿Ha de venir madama Fromont?

Sidonia dió un salto, indignada.

—¡Cómo que si ha de venir!... ¡Es cosa chusca! Pues ¡no faltaba más sino que me hiciera ese desaire! Todos los miércoles voy yo á su casa á aburrirme entre una comparsa de vanidosas y figureras.

No dice que estos miércoles de madama Fromont le han servido mucho, siendo para ella como un semanario de modas, como una de esas publicaciones de orden compuesto, donde se enseña el modo de entrar, de salir, de saludar, de poner flores en una jardinera y tabacos en la cigarrera, sin contar los grabados, los figurines de la elegancia, del buen gusto, de la última moda. Tampoco dice Sidonia que á estas amigas de Clara, de que habla tan desdeñosamente, les ha suplicado que vengan á verla en su día, ni que este día ha sido elegido por ellas.

¿Vendrán? ¿Hará madama Fromont menor á madama Risler mayor el desaire de faltar á su primer viernes? Esto le da inquietud febril.

—Pero acabe usted de tragar, hombre de Dios—exclamó Sidonia impacientada con la pesadez de Risler, que es hombre de peso y lo hace todo despacio y bien, salvo lo que hace mal.

Su hábito es, en cuanto á comer, hacerlo tan bien como despacio; encender luego su pipa sin levantarse de la mesa y saborear el café á muy pausados sorbos; sino que esta vez, por la impaciencia, en cierto modo legítima, de su cara mitad, tiene que renunciar á sus hábitos y gustos y levantarse sin desenvainar la pipa, ni tomar café, para ir á vestirse sin demora, porque Sidonia se ha empeñado en que suba esta tarde á saludar á las damas que han de venir, si Dios quiere... y ellas también.

¡Qué acontecimiento tan singular en la fábrica esto de ver á Risler mayor, un día de entre semana, con su levita y corbata de los días colendos!

—¿Vas de boda, Risler?—le pregunta con gracejo Sigismundo, por detrás de su rejilla.

Y Risler contesta, no sin cierta altivez:

—No; es el día de mi esposa.

Muy luego sabe todo el mundo en la casa que es el día, no de santa Sidonia, sino el de recepción de madama Risler, ó sea su viernes; pero el tío Aquiles, que se cuida del jardín, no está muy contento, que digamos, porque han desgajado algunas ramas de los laureles de la entrada.

Sentado á la mesa en que dibuja, á la blanquizca luz de las altas ventanas, Risler mayor, que se ha quitado la incómoda levita, se arremanga las mangas de la planchada camisa para trabajar con más desenfado; pero la idea de que su esposa espera visitas lo preocupa é inquieta, y de vez en cuando vuelve á vestirse de etiqueta para subir á su casa.

—¿No ha venido nadie?—pregunta tímidamente.

—No señor; nadie.

En el salón rojo, porque tienen un salón de damasco rojo con su consola entre las ventanas y su velador en medio de la alfombra de flores claras, está instalada Sidonia en són de dama que recibe en medio de un círculo de sillas y butacas. Por aquí y por allá libros, revistas, un canastillo de labor de forma caprichosa, un ramo de violetas en un vaso de cristal y plantas verdes en las jardineras. Todo esto está dispuesto exactamente como en casa de Fromont, en el piso principal; sólo que el buen gusto, esa línea invisible que separa lo distinguido de lo vulgar, no está aún muy depurado. Diríase que es la copia mediana de un bello cuadro de género. La misma ama de casa viste un traje nuevo, flamante, pareciendo que está más bien de visita que en su casa. Pero á los ojos de Risler todo está bien, magnífico, irreprochable, y ya abre la boca para decirlo así al entrar en el salón, cuando la mirada colérica de su esposa lo intimida, corta y pára.

—Ya ve usted, son las cuatro—le dice indicándole el péndulo—nadie vendrá... pero á Clara, á Clara no le perdono el desaire. Y está en su casa: bien la oigo.

En efecto, desde las doce, anda Sidonia espiando el principal, á cualquier ruido que oiga, á los gritos de la niña, al golpe de una puerta que se cierra, al timbre que llama á un criado. Risler quisiera bajar otra vez, rehuir la conversación del almuerzo, cuyo tema se renueva; pero Sidonia no es de su parecer. Bueno es que él la acompañe ya que todo el mundo la abandona; y queda allí, clavado en su sitio como el necio que no se atreve á moverse durante una tempestad, temiendo atraer el rayo.

Sidonia, al contrario, se agita, va y viene por el salón, quita una silla, vuelve á ponerla en su lugar, llama en fin á la doncella y le ordena que baje á preguntar al tío Aquiles si ha venido alguien á visitarla.

Es tan malo el tío Aquiles, que acaso diga á las visitas que no está en casa la señora.

Pero no, el conserje no ha visto aún á nadie que pregunte por madama Risler.

Silencio y desesperación. Sidonia está de pié á la ventana de la izquierda; Risler á la derecha. Desde aquí ven el jardín, donde las primeras sombras del crepúsculo comienzan ya á cernerse, y el negro humo que la chimenea difunde en el espacio. El vidrio de Sigismundo es el primero que se ilumina en la planta baja; el mismo cajero prepara su quinqué con meticoloso cuidado, y su sombra se pasea por delante de la luz y se encorva ante la rejilla. La cólera de Sidonia se distrae un momento con estos detalles conocidos.

De pronto entra un cupé en el jardín y va á pararse á la puerta. Por fin viene álguien. En aquel cúmulo de sedas, flores, azabaches, brandeburgos y pieles que sube la escalinata vivamente, ha reconocido Sidonia á una de las más elegantes concurrentes á los salones de Fromont, la mujer de un rico comerciante en bronces. ¡Qué gloria recibir semejante visita! El matrimonio se atropella por tomar cuanto antes posición; y la toman al fin, Risler en la chimenea, Sidonia en una butaca, donde se pone á hojear con cierta negligencia una publicación ilustrada.

Posición perdida: la visita no es para Sidonia, pues no ha pasado del principal.

¡Ah! ¡Si madama Fromont pudiera oír lo que su vecina dice de ella y de sus amigas!...

En este momento se abre la puerta del salón y una voz anuncia solemnemente:

—Mlle. Planus.

Es la hermana del cajero Sigismundo, pobre solterona, humilde y bondadosa, que ha creído de su deber visitar á la esposa del principal de su hermano, y

parece estupefacta del buen recibimiento que se le hace.

—¡Qué amable es usted! Acérquese á la chimenea.

Y la rodean y la colman de atenciones y deferencias. El buen Risler se sonríe con expresión de gratitud, y la misma Sidonia, con ser tan orgullosa, despliega todas sus gracias, muy complacida de exhibirse en su gloria á una igual del tiempo ya pasado, y de pensar que la otra, Clara Fromont, debe de oír que le han venido visitas. Así, pues, hace todo el ruido que puede, rodando butacas, arrastrando la mesa... y cuando la solterona se retira, encantada, confundida, deslumbrada, la acompaña hasta la misma escalera con mucho frotar y crugir de sedas, y le grita inclinada sobre la barandilla, que todos los viernes recibe.

—¿Lo ha oído usted? ¡ todos los viernes!...

Ha oscurecido ya y se encienden las dos arañas del salón. En la pieza inmediata se oye poner la mesa á la doncella. Se acabó. Madama Fromont no vendrá.

Sidonia está lívida de rabia.

—Ya está usted viendo. Esa orgullosa no tiene á bien subir diez escaleras. Sin duda cree que somos muy pequeños para ella... ¡Oh! me vengaré.

Y á proporción que desfoga su coraje con infinitas suposiciones y ofensivas palabras, se va haciendo vulgar su voz, tomando entonación de arrabal y acento ordinario en que se revela claramente la antigua operaria de perlas falsas.

Risler tiene la desgracia de pronunciar una palabra.

—¿Quién sabe? Acaso se haya indispuerto la niña.

—Déjeme usted en paz y no me hable más de esa muñeca. Usted tiene la culpa de lo que me pasa.

—¿Yo?

—Usted, sí, porque no sabe hacer que me respeten.

Y esto diciendo entró en su gabinete, cerrando tras sí la puerta con tal y tanta violencia que temblaron